

las ideas, de las creencias del primer siglo cristiano, y por otro su fecha no presenta ningun carácter de certidumbre confesado por la crítica. Pero pretender que nuestros cuatro Evangelios deben su nacimiento al mismo padre es ponerse en contradicción con el principio radical de esa teoría. Porque en esa hipótesis el myto evangélico antes de ser formulado por escrito, tal como le leemos, hubiera debido irse elaborando gradualmente en la sociedad cristiana desde su aurora hasta mediados del segundo siglo (Strauss nos lo afirma): y la primer base hubiera debido tomarse en las ideas dominantes, en los sentimientos generales de la época y del país en donde principió á despuntar aquella aurora, y por consiguiente en las opiniones judaicas acerca del Mesías, en los ensueños mesiánicos, en el espíritu nacional de la Judea en el tiempo en que apareció Jesucristo. Ahora bien, lejos de ser la base de los cuatro Evangelios la expresión de los ensueños de los judíos de aquella época sobre el Mesías, contradice y echa por tierra todas sus preocupaciones, todas sus ideas de entonces. En vez de un Mesías poderoso por la fuerza brutal, resplandeciente con una gloria ensangrentada, que hollase á sus pies las águilas triunfantes (1), devolviese su lustre á la casa de David y hasta la eclipsase con el suyo propio, no presenta mas que un Mesías oscuro, un Mesías artesano, que no tiene por amigos y auxiliares sino unos pobres pescadores, que rechaza la corona y va á retirarse á la soledad de los montes, que quiere se pague el tributo á César, que vive familiarmente con los publicanos, agentes de las vejaciones romanas, que recibe el pan de la caridad, que no tiene donde reclinar su cabeza, que muere en el suplicio como un malvado y recibe la limosna de un sudario y un sepulcro. En vez del carácter tan duro y tenaz del pueblo judío, en vez de aquel carácter de hierro, de aquel furor exaltado, de aquel fanatismo in-

(1) Véase á Josefo, *Guerra de los Judíos contra los Romanos*.—Rossignol, *Cartas sobre J. C.*

vencible que fué preciso romper tantas veces por los esfuerzos de las legiones, ofrece una dulzura celestial, una calma encantadora, una serenidad irresistible, un atractivo incomparable. En vez de aquel espíritu religioso estrecho, esclavo de la letra, esclavo de las formas, exclusivo de las naciones como los Samaritanos, ofrece una religion de *espíritu y de verdad* (1), la efusion universal de la fé, de la esperanza y de la caridad, sin distincion de pueblo, ni de ciudad, ni de familia, ni de fortunas, ni de ciencia. Luego arguir de myto á nuestros Evangelios es dejarse derrotar lógicamente con la simple aplicacion del principio que es la base del sistema; y como el ensayo del sistema con nuestros Evangelios no es evidentemente mas que un esfuerzo desesperado de la filosofía anticristiana, con toda razon podremos añadir: Nueva objecion, nuevo raudal de luz sobre la invencible autenticidad de nuestros Evangelios.

La mitología no es posible además, sino con la condicion de la falta de anales escritos y fechados; así es que la fábula de Prometeo no hubiera podido haber nacido nunca en el siglo de Augusto. ¿Y cómo el supuesto myto evangélico lleno de hechos tan diversos, presentados como públicos y acompañados de una cronología fija siempre, hubiera podido formarse, extenderse y lograr un completo desarrollo en una época en que el sol de la civilización y de la ciencia, inundaba el imperio con sus brillantes rayos, en que la Judea nada tenia de bárbara, y hasta contaba en su seno una porcion de ingenios con tendencias *racionalistas*, hallándose cercada de diversos centros de conocimientos históricos, críticos, filosóficos, cuyo exámen era inevitable para la nueva religion, no solo en Alejandria, sino en la Arabia, en el Asia menor, en Pergamo, en Tarso, en Antioquia; en una época, en fin, en que lejos de haber tendencias á crear nuevos mytos, se hacian por todas partes esfuerzos para reducir los an-

(1) San Juan IV, 24.

tiguos á las moléculas históricas que se creía contuviesen (1)?

Desalojada la incredulidad de todas las trincheras que se había formado ¿donde irá á refugiarse? ¿Dirá que si los cuatro Evangelios son auténticos en el fondo no lo son en su totalidad y que ha habido en ellos adiciones?... Enhorabuena; pero no nos basta su palabra y necesitamos pruebas. Ahora bien, unos cuantos pasajes de donde el falso golpe de vista de una crítica incompleta saque una inducción desfavorable que se desvanece á los ojos de una ciencia mas adelantada; otros varios que faltan (y puede decirse el por qué) en algunos manuscritos antiguos, solo presentan vanas dificultades en que no puede pararse el que se haya tomado el trabajo de leer un autor ortodoxo de sagrada exposicion (2), con tanto mas motivo cuanto que esos pasajes no son de modo alguno esenciales al con-

(1) Véanse los *Anales de filosofía cristiana*, série III, núm. 82.—*Cartas sobre Jesucristo*, por Rossignol.

«Sería un error, dice el doctor Tholuck, creer que se necesite un libro de tanta extension como la *Vida de Jesus*, por Strauss, para refutarlo en todos sus puntos. El prodigioso cúmulo de pruebas históricas del autor descansa sobre la punta de una aguja: rómpase esa punta, y todo el edificio viene abajo: la autenticidad de los cuatro Evangelios, la autenticidad de uno solo de ellos, destruye su hipótesis.» (*Anales de filosofía cristiana*, série III, núm. 72). Ahora bien, despues de negar primero Strauss la autenticidad de los cuatro Evangelios, ha venido á confesarla en el prefacio de su tercera edición: «El exámen repetido del cuarto Evangelio ha destruido en mi ánimo el valor de las dudas que habia concebido sobre su autenticidad y el crédito que merece. No es esto decir que esté convencido de que el cuarto Evangelio es auténtico, pero tampoco lo estoy de que no lo sea.» De modo que Strauss declara que no está seguro de que el Evangelio de San Juan, que contiene la sustancia de los otros tres, no sea auténtico. No está convencido de que lo sea, y tampoco afirma que no lo sea. De consiguiente, duda, y con esa duda quiebra él mismo la punta de aguja que sirve de base á su sistema, y destruye con una sola frase un edificio de cuatrocientas páginas.

Por otra parte, sus argumentos contra la autenticidad de los Evangelios versan esencialmente sobre sus supuestas contradicciones, y ya hemos visto antes lo que debe pensarse sobre el particular.

(2) Véase la *Introducción histórica y crítica*, etc., por Glaire: las *Respuestas críticas*, por Bullet; los *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religion*, por el doctor Wiseman, discurso X.

junto de la historia evangélica. Indudablemente no es eso lo que el racionalismo quiere darnos por pruebas, ¿tiene, pues, algo mas que oponernos? Si por cierto: ¿no reconvenia el filósofo Celso á los cristianos de su época de haber adulterado los Evangelios (1)? Esto es incontable, y Celso tenia razon en acusar á ciertos cristianos convertidos en herejes de haber falsificado los Evangelios para defender sus errores; pero cometia el gravísimo error de confundir con ellos á los verdaderos cristianos, los miembros de la *grande Iglesia*, á quienes por otra parte distingue muy bien de las sectas heréticas (2). De consiguiente, esta reconvencion de Celso no tiene otra base que una falsa suposicion de su parte, y solo sirve para poner en relieve la fidelidad de los cristianos propiamente dichos en conservar intactos los cuatro Evangelios (3), cu-

(1) Orígenes, *Contra Cels.*, lib. II, núm. 27; lib. V, núm. 50.

(2) Orígenes, *Contra Cels.*, lib. V, núm. 59.

(3) No hablamos de la pretendida alteracion de los Evangelios, hecha en el siglo sexto, segun la crónica de Victor, «por orden del cónsul Mesala en el reinado del emperador Anastasio.» Aun cuando este hecho, de que no hablan una palabra los historiadores ni los cronistas contemporáneos, de reputacion muy distinta de la de Victor, tales como Procopio, Evagrio, Cedreno, etc., sin embargo de que se hacen cargo de las impiedades de Anastasio; aun cuando este hecho, decimos, no fuese contradicho, por lo que leemos en Liberato, otro contemporáneo á quien citaremos mas adelante, es evidente que Anastasio no hubiera podido adular las copias de los Evangelios diseminadas en los paises no sujetos á su dominacion. Por otra parte, lo que corta toda dificultad, es que los manuscritos griegos anteriores á aquella época y que citan los hechos y el texto evangélicos estan acordes en un todo con los Evangelios tales como los tenemos.

Tampoco hablamos de la objecion que Dumarsais ha querido sacar del prefacio de San Gerónimo, dirigido al papa Dámaso. Aquel santo doctor se queja en él, no de adiciones, ni supresiones en los Evangelios, sino, 1.º de que se hacian demasiadas versiones latinas que, llevando cada cual el sello propio de su autor, presentaban en cuanto á la forma muchas diferencias: 2.º de que ciertos fieles, queriendo hacer una especie de concordancia de los cuatro Evangelios ponian en uno lo que se hallaba en otro sobre el mismo asunto, ó corregian las expresiones del uno por las del otro. ¿Pero qué prueba eso ni contra la pureza del texto griego de los Evangelistas, ni contra la unidad esencial de doctrina y de sucesos hasta en los ejemplares menos correctos? (Véanse las *Respuestas críticas*, por Bullet).

ya integridad tiene además á su favor pruebas perentorias.

Si en efecto hubiese habido adiciones, todos los cristianos, pastores y fieles, hubieran sido autores ó cómplices de ellas, y esto es una locura, atendiendo á su innumerable muchedumbre dispersa en el universo, y á su profundo apego á todo cuanto interesaba á su fé: ó bien sería preciso acusar de ello á un corto número, y esto sería una locura mayor, atendiendo al inmenso número de ejemplares esparcidos en el mundo (1), á la lectura semanal que se hacia públicamente de ellos en las asambleas cristianas, y á la lectura frecuente que los pastores y fieles hacian en particular (2), y á las citas que contienen las diferentes obras de la antigüedad cristiana, griega y latina, citas textuales en su mayor parte, y tan numerosas, que si, lo que no es posible suceda, llegaran á desaparecer nuestros Evangelios, podríamos recomponerlos fácilmente reuniendo los textos esparcidos en esas mismas obras.

Por otro lado, el silencio de los herejes de los primeros tiempos que no habrían dejado de alegar esa objecion contra la Iglesia, especialmente cuando la Iglesia la alegaba contra ellos:

La energia con que los doctores católicos reclamaban contra las alteraciones cometidas por ellos, desafiándoles á que presentasen un solo ejemplar antiguo que se asemejase á sus Evangelios adulterados, y obligándoles por ese mismo hecho á confesar la novedad de ellos, y por consiguiente su falsedad (3):

(1) La historia atestigua «que en los primeros tiempos del cristianismo una porcion de discipulos que iban á paises extranjeros á evangelizar, se dedicaban á predicar la doctrina de Jesucristo y difundir la escritura de los Santos Evangelios, (Eusebio, *Historia eclesiástica*).

(2) No habia un cristiano de aquellos tiempos que no se procurara copias de los Evangelios: llevábanlas ordinariamente sobre sí, y se ha encontrado á muchos santos personajes enterrados con el Evangelio sobre el pecho (*Costumbres de los cristianos*, por Fleury, núm. 7).

(3) San Ireneo, *Contra herejes*, lib. I, cap. 80.—Tertuliano, *Contra*

La veneracion profunda, constante y universal que protegia á los libros sagrados contra toda adición, supresion ó cambio; veneracion cuyo poder aparece de manifiesto en hechos que la historia nos ha conservado (1):

Por último, la maravillosa conformidad de los manuscritos de todos los paises y de todos los siglos, cuyas diferencias, segun los trabajos increíbles de los enjambres de sábios que han prodigado su tiempo y su talento en compulsarlos y compararlos, son únicamente relativas á puntos de una importancia secundaria, tales como la insercion ó la omision de un artículo ó de una conjuncion, la exactitud mayor ó menor de una construccion gramatical, ó la forma mas bien que la sustancia de las palabras (2):

¿No es esto á la verdad bastante y hasta demasiado

Marcion, lib. IV, cap. 1.º, 4.º—Orígenes, *Contra Cels.*, lib. II, cap. 27.—San Agustin, *Contra Faust.*, lib. IX, cap. 2, 3, 4.

(1) Tertuliano habla de un cura de Asia depuesto del sacerdocio por haber hecho circular un escrito de su invencion á nombre de San Pablo, por una devocion mal entendida hácia aquel apostol (*De baptismo*, cap. XVIII).

El obispo Trifilo fué reprendido delante de todo el pueblo por el obispo de Chipre, San Spiridion, por el cambio de una sola palabra del Evangelio, que reemplazaba no obstante con un sinónimo (Sozom., *Histor. eccl.*, lib. VI, cap. II).

El obispo de Antioquia, San Serapion, advierte por una pastoral á sus diocesanos contra un falso Evangelio atribuido á San Pedro (Eusebio, *Hist. eccl.*, lib. VI, cap. XII).

Teodoreto empleó gran celo en suprimir en su diócesis la coleccion evangélica de Taciano, en donde el autor habia suprimido los pasajes contrarios á su herejía (Teodor., *Hæretic. fabular. compend.*, lib. I, cap. XX).

Con motivo de la publicacion de la version latina de San Gerónimo se suscitó en una iglesia de Africa un gran tumulto por algunas palabras diferentes de las que se tenia costumbre de oír leer (San Agustin, *Epist. LXXI, ad Hyeronym*, núm. 5).

De Macedonio, obispo de Constantinopla, se creia que fué depuesto de su silla por el emperador Anastasio, por haberle atribuido querer alterar el Nuevo Testamento (Liberat, *Breviarium*, cap. XIX).

• ¿Y quién no sabe que los pastores y los fieles entregaban su vida á los verdugos antes que entregar las Escrituras? (Fleury, *Hist. Eccl.*, lib. VIII, §. 28 y sig.)—*Costumbres de los cristianos*.—D. Ruinart, *Actas de los mártires*, San Felipe de Heráclea, San Hermes, San Severo, etc.)

(2) *Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la religion*, por Wiseman.

para poner á nuestros Evangelios á cubierto de toda sospecha razonable de alteracion? ¿Qué otro libro histórico ha tenido nunca en su favor pruebas semejantes? Y lo que no se atrevería nadie á echar en cara á otro libro que está lejos de tenerlas, ¿con qué derecho osaría achacarlo á los Evangelios que las poseen?

Para cerrar esta larga discusion preliminar, quizá sea conveniente hacer al lector una especie de confianza que la reasumirá en breves palabras. Preocupado con la gran cuestion, la cuestion vital debatida de un siglo á esta parte, especialmente entre la fé cristiana y la incredulidad; preocupado, sobre todo, con la cuestion y las consecuencias de la autenticidad del Evangelio (consecuencias, como es sabido, inevitables y temidas), me retiré á la soledad y al silencio de mi cuarto, y tomando aquel libro en la mano, dije para mí: «Si á toda costa quisiera rechazarlo como no escrito por aquellos cuyos nombres lleva, y esforzarme en sostener la causa de los incrédulos, pero conservando siempre una apariencia de justicia y de razon, ¿qué haría? ¿Exigir que ese libro posea todas las pruebas intrínsecas y extrínsecas de autenticidad que reclama la sana crítica en toda historia? Para la prueba que me propongo no es bastante.» Y me puse á buscar é imaginar exigencia sobre exigencia, y despues de reflexionar por largo tiempo: «Quiero, me dije, quiero en ese libro pluralidad de historiadores de unos mismos hechos, fechas indicadas, autores nombrados, detalles minuciosos y de toda especie incompatibles con la posterioridad de fecha y de autores; quiero caracteres internos, no solo exclusivos de todo lo que pueda hacer sospechar impostura, sino culminantes, incomparables en cuanto á buena fé y sincera ingenuidad; quiero esa buena fé y esa sinceridad marcadas, demostradas en lo que á primera vista debe parecer contrario; quiero ademas extrínsecamente á ese libro y en favor de su autenticidad, una tradicion oral universal de tiempos y de lugares, una tradi-

cion escrita, paralela, declaraciones análogas, contemporáneas é inmediatamente posteriores, hasta de parte de los enemigos mas instruidos y ardientes del libro y de los autores; quiero en otro cualquiera que no sean los cuatro autores designados, imposibilidad manifiesta de lograr acreditarlo en el seno de la Iglesia cristiana; ¿qué mas?... Quiero que las objeciones mas especiosas despues de desentrañadas se transformen en pruebas; en una palabra, necesito en favor de ese libro un cúmulo de pruebas cuyos caracteres y reunion sean posibles, pero no existan en favor de ningun otro libro histórico, de suerte que este domine á todos los demas por la evidencia de su autenticidad, como los domina por la naturaleza de los hechos que refiere.»

Y despues de haberme impuesto esas leyes, las fui comprobando una por una: rodeéme de todos los documentos que debian entrar en el circulo trazado á mis investigaciones, pasé horas y dias enteros en asegurarme de la exactitud de una cita, ó de la verdad del sentido exacto de un testimonio, ó de una declaracion, ó de un aserto; todo lo examiné, todo lo profundicé, y creí, y creí doblemente, porque creia antes y creia firmemente, y tomé la pluma y escribí mis convicciones, y la razon lógica de mis convicciones: *Crédidi, propter quod locutus sum* (1).

(1) Salmo CXV, I.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. LOS HECHOS EVANGÉLICOS SON CIERTOS.

En la introduccion de la *Vida de Jesus* conviene el mismo Strauss, en que si la historia evangélica ha sido escrita por testigos oculares ó por hombres cercanos á los acontecimientos y de una probidad incontestable, no puede suscitarse ninguna duda razonable sobre su verdad. Tomemos acta de esa confesion, unámosla al conjunto, á la unidad, á la fuerza incomparable de las pruebas que nos garantizan la autenticidad de los cuatro Evangelios; añadamos la probidad de los autores, probidad que no pone siquiera en duda el filósofo aleman (1), y que no puede disputarse aun cuando solo se consideren los caracteres marcados de buena fé y de sinceridad que se advierten en cada una de sus páginas..... ¿Habrá que proseguir aun? Cuando el mas intrépido campeón de la realidad histórica ha tomado á su cargo sacar la conclusion, no hay mas que cruzar los brazos ante el triunfo de la verdad, bendiciendo á Dios por haberle dado por auxiliares á sus mismos enemigos.

Pero abordemos el asunto sin prevalernos de ninguna concesion.

Vosotros, los que no creéis en los titulos primitivos

(1) *Anales de Filos. crist.*, série III, núm. 66.

del cristianismo, cualesquiera que seais, divorciaos por una hora, por una sola hora del ruido atronador del mundo, haced callar la voz tumultuosa de las pasiones, y con recogimiento verdaderamente filosófico, leed el Evangelio. No resistireis (porque hay una lógica, secreta y poderosa en el corazon), no resistireis á esta conviccion interior. *Este libro no ha sido hecho como los demas libros.* La narracion está encadenada al discurso y el discurso á la narracion, como un miembro está unido á otro en un mismo cuerpo, y á veces la narracion habla tambien como el discurso, y ambos á dos elevan y consuelan, ilustran y fortifican, cautivan y conmueven el alma penetrándola de la persuasion mas natural y mas íntima.

Y ese libro, un libro semejante, ¿puede ser fruto del error ú obra de la impostura? ¿Es así como se inventa? ¿Es así como uno se engaña? Póngase la verdad, la verdad pura en un libro, ¿qué mas se podrá pedir? ¿Qué cosa habrá mejor? ¿Será mas grato y mas útil? ¿Hablará otro lenguaje? Ese lenguaje es admirable, enteramente inimitable. Los Evangelistas entran en las menores particularidades características, en las mas minuciosas indicaciones de fechas, lugares, personas y circunstancias diversas en que solo la verdad puede aventurarse resueltamente; es decir, que parece se complacen en prodigar los medios de desenmascarar el error ó la impostura en la suposicion de que no hubieran escrito bajo la sola inspiracion de la verdad conocida y comprobada irrefragablemente. De ningun modo procuran captarse la estimacion ni la confianza del lector, y hasta parece que desconocen la necesidad ni la utilidad de ello, porque refieren sin aclaracion ninguna muchos hechos no esenciales y susceptibles de escitar dificultades en su ánimo, no cuidándose en manera alguna de sus reflexiones, que podrian evitar con el silencio, ó satisfacer con una corta observacion añadida al relato. Hombres admirables, y escritores mas admirables todavia, parece que ninguna pasion les mueve: